

## Un joven escritor lee a Octavio Paz

HAY LIBROS QUE PODRÍAN eliminarse de la literatura de un país sin perturbarla; y hay libros cuya desaparición desataría una catástrofe, pues otros posteriores se desvanecerían por decenas.

Libros así son puntos de convergencia: a ellos acuden líneas de fuerza del pasado, de otras lenguas y otros campos de conocimiento; de ellos parten energías que —ya por emulación, ya por repulsa— se ramifican en el tiempo.

Más de un libro de Octavio Paz es de esa índole.

En su lírica de madurez, Paz arrastra al lector a un estado de fascinación desarmante no sólo ante el texto, sino ante el mundo (“todo es dios”); hechizo, ensalmo —términos del pensamiento mágico— no le son ajenos; piezas como “Piedra de sol” literalmente *encantan* —hipnotizan—; parecen, además, reiteraciones en acto de la máxima de Keats, “La belleza es verdad, verdad la belleza”, que uno se ve tentado a suscribir sin más.

Un reproche recurrente al Paz poeta es que, a consecuencia de un vuelco ideológico, se alejó de las cuitas y pendencias del común de los mortales para encaminarse hacia una suerte de *locus amoenus* trascendente. (Él enmendaría: “no ideológico: moral.” Sus adversarios responderían que una cosa es el Gulag y otra la Revolución de Octubre. Seguiría una zacapela).

La decisión de *desde dónde y para quién* se escribe no es menor ni excusable. Empero, estoy convencido de que no puede juzgarse una obra más que *en sus propios términos*; de acuerdo con ellos, Paz, el poeta, hizo lo que tenía que hacer.

Un poeta romántico no sigue otra bandera que la de su voz; y la más potente y arrebatada del romántico Paz es la que se exalta en lo luminoso y lo inasible. El tránsito hacia esa voz, anunciada en *Bajo tu clara sombra*, puede seguirse desde allí hasta un libro clave, *La estación violenta*.

Tres de las cuatro piezas aquí presentadas corresponden al periodo primero de la búsqueda que Paz se impuso: “Bajo tu clara sombra” (1935-1944); de *Puerta condenada* (1938-1946), “Seven P.M.” y “Elegía interrumpida”. “El mismo tiempo”, texto de madurez, es el cierre de *Días hábiles* (1958-1961).

En “Bajo tu clara sombra” encontramos en germen otro desacuerdo entre el poeta y sus antagonistas: no es fácil aceptar este trascendentalismo erótico; la busca de lo incorpóreo en lo (*über*) corpóreo y la simultaneidad de ambos, que alcanzará plenitud a partir de “Piedra de sol”. Paz se explicó en *La llama doble*. En —otra vez— sus propios términos, estos diálogos con la sexualidad sagrada

de la India, la metafísica isabelina o el misticismo español, se ganaron un sitio en la poesía de nuestra lengua.

“Seven PM” pertenece, como casi todo *Calamidades y milagros*, a búsquedas de corto tiempo. Paz —en deliberación con el Modernism estadounidense— sopesa dos registros, uno lírico y arrebatado, otro contenido y cuasi prosaico, los interroga en una lección de qué significa, en poesía, el verbo “experimentar”.

En “Elegía interrumpida” pesa una oscuridad que Paz domeñará y pondrá a su servicio en el futuro, con fines compositivos (“El cántaro roto”). Destaco el hallazgo vital de este texto: suspenso en la órbita de sus muertos, dice: “en mi vida su muerte se prolonga: / soy el error final de sus errores.” *Eso* es el limbo: “el cielo está cerrado y el infierno vacío.”

En “El mismo tiempo”, mediante procedimientos arduamente alcanzados, vemos desplegarse lo sincrónico, tan caro a Paz, la paradoja conciliada, la conciencia de la muerte, la epifanía de no saber; ello, a su vez, permite experimentar “No lo maravilloso presentado / lo presente sentido”, que conduce a una plenitud que no es sino transparencia.

Paz fue el primero en señalar la lentitud de su crecimiento poético: será hasta 1949, con *Libertad bajo palabra*, que sienta terreno firme bajo sus pies. Allí reside una lección suya: poeta precoz, probó y recusó por casi treinta años registros y soluciones que le eran ajenos.

Lo propio reside en una intuición del tiempo y su interacción con la conciencia, una concordia entre lo trascendente y lo efímero, un panteísmo universalista; lo que Paz consiguió unir y dotar de sentido poético no estaba precisamente al alcance de la mano, fue producto de una lucha de décadas al borde de lo indecible. También de la construcción paulatina de un edificio intelectual tan lúcido y complejo como problemático.

Por necesidad biológica, buena parte de las generaciones actuales se aleja a todo trapo del léxico, los procedimientos —y la postura política— de Octavio Paz; ojalá no lo hagamos también de su talante voluntarioso, de su energía y su avidez, pues el costo será desmedido.

Marcadas todas las distancias, nos convendrá discernir, en ese corpus, un legado que no reside en usos retóricos que corresponden a intereses intelectuales y espirituales producto de cierta y personalísima actitud; sino en el desafío de levantar otros edificios, tan ambiciosos —y tan discutibles— como el suyo, en correr riesgos, en ir —a través de las fronteras, los años, las lenguas— por lo que no ha sido dicho y no podemos decir. 